



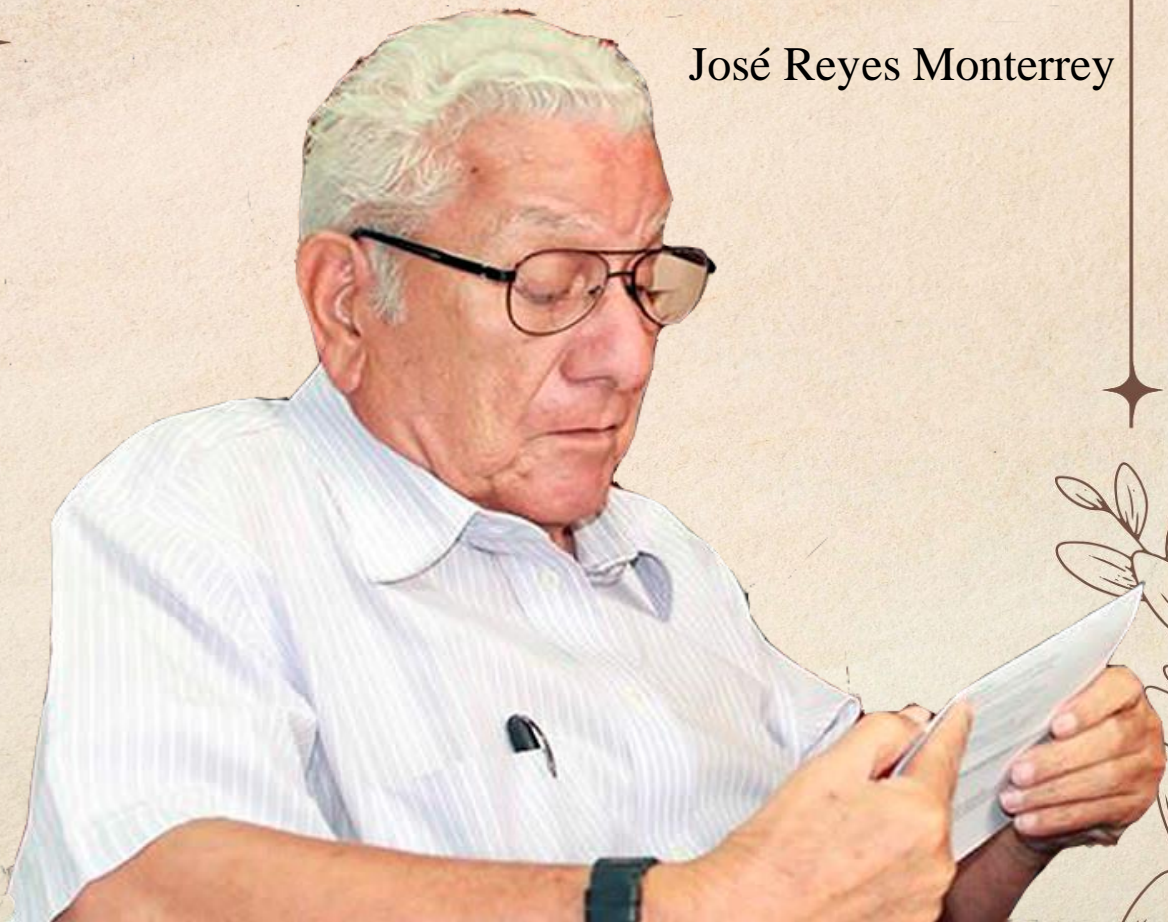
Homenaje al profesor José *El Che* Reyes Monterrey (1931-2023)



El profesor *Che*, primero sentado de izquierda a derecha, durante la Asamblea General de miembros de la AGHN (miércoles 11 de diciembre de 2019).

*Los revolucionarios no se jubilan,
mueren de pie como los árboles*

José Reyes Monterrey





INTRODUCCIÓN

(Datos biográficos)

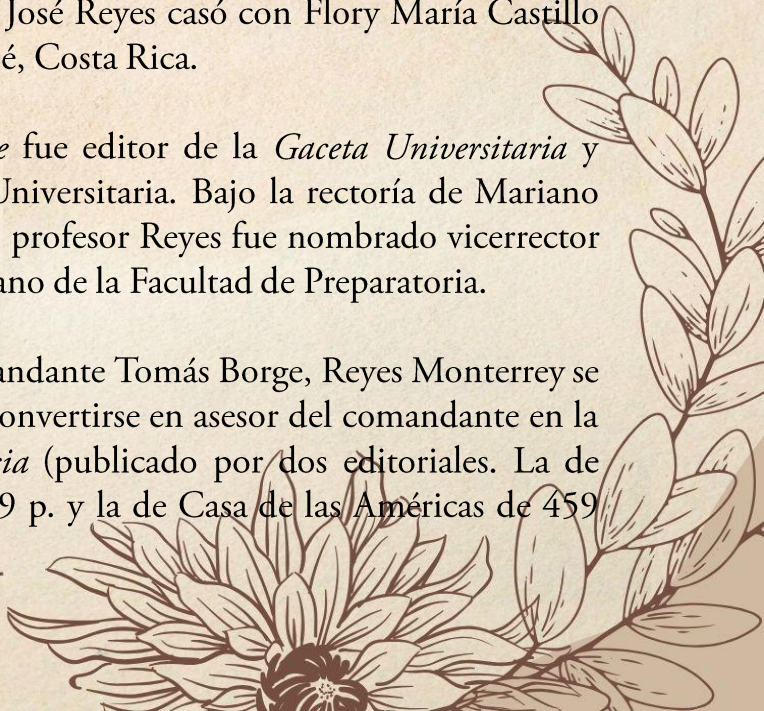
EL PROFESOR José Reyes Monterrey, quien fue miembro de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua (2010-2023), nació el 26 de marzo de 1931, hijo de José Reyes Cajina y de Berta Monterrey. Hizo sus estudios de secundaria en el Instituto Nacional Ramírez Goyena (1947-1952), luego cursó la carrera de Derecho en la UNAN-León, donde en 1954 conoció a los fundadores del FSLN: Carlos Fonseca Amador (1936-1976), Silvio Mayorga (1934-1967) y Tomás Borge (1930-2012).


El Che (como se le conocía cariñosamente) colaboró para los diarios *El Cronista* y *El Centroamericano*, de los cuales llegaría a ser director. Con la fundación del Instituto de Capacitación Sindical, iniciativa de los juristas Alejandro Serrano Caldera y Felipe Pérez Caldera, *El Che* es nombrado profesor de Historia. En 1958 Reyes Monterrey es enviado a Costa Rica, donde sigue cursando su carrera de Derecho en la universidad de ese país. Ahí restablece relaciones con Carlos Fonseca, Silvio Mayorga y Tomás Borge. Durante la insurrección el profesor *Che* jugó un papel muy importante.

En 1962, *El Che* se traslada a Cuba para recibir entrenamiento e integrarse al grupo guerrillero Raití-Bocay. Con la indulgencia concedida por el presidente René Schick Reyes Monterrey retorna a Nicaragua. El 2 de diciembre de 1967, a sus 36 años, José Reyes casó con Flory María Castillo Muñoz de 26, originaria de San José, Costa Rica.

En la UNAN-León, *El Che* fue editor de la *Gaceta Universitaria* y luego subdirector de la Editorial Universitaria. Bajo la rectoría de Mariano Fiallos Oyanguren (1933-2014), el profesor Reyes fue nombrado vicerrector de la UNAN-León y luego fue decano de la Facultad de Preparatoria.


En 1987 a petición del comandante Tomás Borge, Reyes Monterrey se traslada de León a Managua para convertirse en asesor del comandante en la escritura de *La paciente impaciencia* (publicado por dos editoriales. La de Editorial Vanguardia constó de 589 p. y la de Casa de las Américas de 459 p.; ambas publicaciones en 1989).





Siendo rector de la UNAN-Managua el doctor Alejandro Serrano Caldera, contrata al *Che* como docente de esa universidad, en la cual hasta sus últimos días laboró.

Además, de diversos artículos, publicó las obras: *Apuntamientos básicos para el estudio de la historia general de Nicaragua* (León, Editorial Universitaria, 1989. 218 p.) y *Cuatro aproximaciones a la historia social y política de Nicaragua* (León, Editorial Universitaria, s.f. 72 p.).



Por Acuerdo no. 4, 2010, el profesor Reyes Monterrey fue incorporado como miembro honorario a la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua (AGHN) el 25 de agosto de 2010 en la Biblioteca del BCN. En la *Revista de la AGHN* en los tomos 48 (septiembre, 2000, pp. 209-212), 70 (noviembre, 2010, pp. 43-44) y 80 (mayo, 2017, pp. 276-279). Estos tres trabajos los reproducimos en las siguientes páginas. **AGHN**


Fuentes:

ARCHIVO DE LA AGHN: Actas, acuerdos de incorporación y fotografías de actividades.

DIRECCIÓN DE COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL: “José Reyes Monterrey, un docente que será recordado por su compromiso revolucionario”. *UNAN-Managua*, octubre 26, 2023.

FAMILYSEARCH.ORG


GUTIÉRREZ LÓPEZ, David: “José Reyes Monterrey, ‘El Che’: sandinista convicto y confeso”. *Visión Sandinista*, 15 de octubre, 2022.





LOS HISTORIADORES NO MUEREN (PALABRAS DE UN
PROFESOR DE HISTORIA DE LA UNAN)

[RAGHN, tomo 48, septiembre, 2000, pp. 209-212]

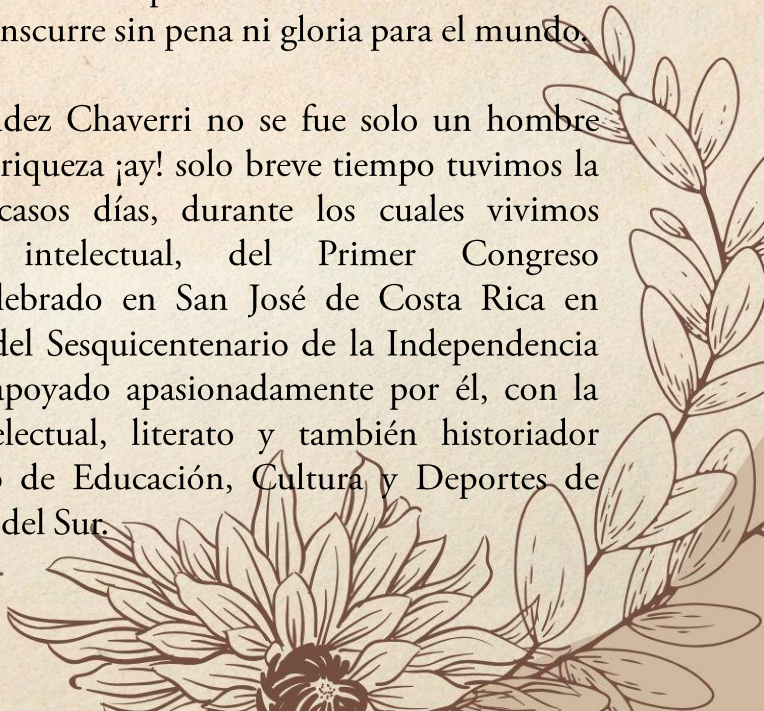


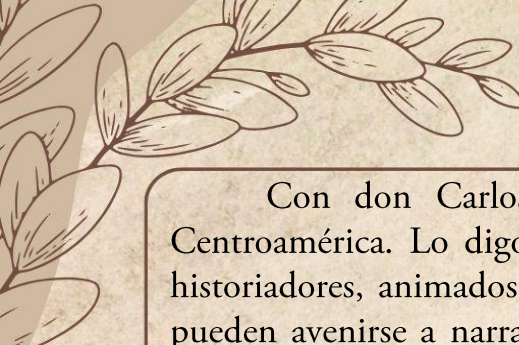
ESTA CATEGÓRICA afirmación, que a simple oído suena insolente y exclusivista, no lo es cuando indagamos en torno a la obra que desarrollan y la misión que implícitamente cumplen para preservar el conocimiento de la dialéctica social que hacen posible el entendimiento del pasado, para hacer viable la comprensión del presente diseñar las estrategias del futuro. No en balde predicaron los intuicionistas griegos que la Historia era la maestra de la muerte.

Los hombres, ciertamente, concluyen su ciclo vital, como a la totalidad de los seres dotados de alma; pero la obra que dejan atrás, como raíces inmutables, rebrotan con el tiempo iluminando otra vez la Historia, y con ella, la persistencia, la búsqueda, el reencuentro con la dinámica social de la humanidad, siempre tras la superación de sus sistemas y con ellos, tras la perfección de sus estilos morales, clásicos e intelectuales.

Hace escasos días dejó de existir en Costa Rica, el Maestro Carlos Meléndez Chaverri [Heredia, 23 de junio, 1926-12 de junio, 2000], historiador con mayúsculas floridas. Nuestra pena ha sido profunda y bien sentida, como no la sentimos a menudo por el fallecimiento de tanto intelectual deslucido cuyo óbito transcurre sin pena ni gloria para el mundo.

Y es que con Carlos Meléndez Chaverri no se fue solo un hombre ejemplo de amistad fraterna, cuya riqueza ¡ay! solo breve tiempo tuvimos la ventura de compartir en los escasos días, durante los cuales vivimos alucinadas horas de placer intelectual, del Primer Congreso Centroamericano de Historia, celebrado en San José de Costa Rica en septiembre de 1971, con motivo del Sesquicentenario de la Independencia de Centroamérica, organizado y apoyado apasionadamente por él, con la complicidad moral de otro intelectual, literato y también historiador costarricense, a la sazón Ministro de Educación, Cultura y Deportes de nuestra querida y respetable vecina del Sur.





Con don Carlos se fue, además, un clásico de la historia de Centroamérica. Lo digo y lo sostengo sin improvisada precipitación. Los historiadores, animados y movidos por un espíritu crítico y filosófico, no pueden avenirse a narrar líricamente los hechos. En nuestro caso, muchas veces legendarios y no probados, y en vez de hacer de la Historia un género poético más, prefieren indagar severa y disciplinariamente la verdad de lo ocurrido y deducir, en pleno cumplimiento de las más interesantes exigencias de la Historia, la enseñanza de aquellos hechos.

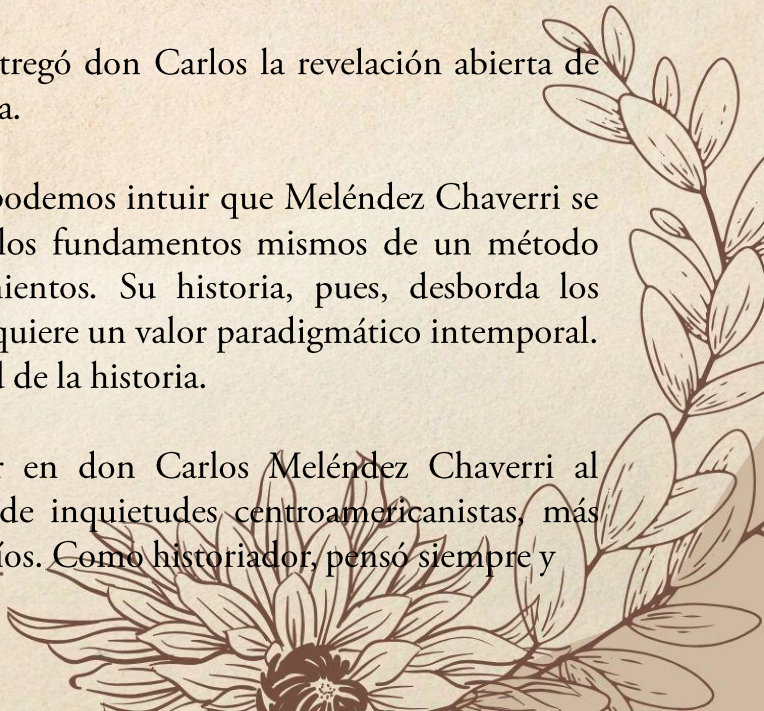
Primero Heródoto; después Tucídites y luego Jenofonte. El primero define, en su estilo y sentido, el género histórico tal como lo entendemos. El segundo imprime imparcialidad y sobriedad dignificante a nuestra Ciencia; y Jenofonte, por fin, le da viveza y color a fuerza de ser objetivo y sencillo.


Don Carlos es heredero incuestionable, en su obra, de aquellos maestros fundadores, ejerciendo la Historia paralela a la crítica. procurando la lección de los hechos. En resumen, la moral de la Historia, subrayando además el estilo sobrio y sencillo y la amenidad, de ningún modo incompatible con esos otros apuntes; la discreción en la inserción de notas, el buen juicio en la selección de citas y la fluidez exquisita de su narración, sin desatender los problemas de la Heurística, esto es, todo lo relativo al asunto que suele ser complejo las fuentes históricas, su existencia y su crítica, su autenticidad, etc.

En buen romance, pues, entregó don Carlos la revelación abierta de su corazón de historiador y de poeta.


Desde este punto de vista, podemos intuir que Meléndez Chaverri se proponía establecer en sus obras los fundamentos mismos de un método correcto de narrar los acontecimientos. Su historia, pues, desborda los estrechos límites cronológicos y adquiere un valor paradigmático intemporal. Planteó, como Tucídites, la utilidad de la historia.

Por fin, queremos destacar en don Carlos Meléndez Chaverri al historiador costarricense munido de inquietudes centroamericanistas, más que en historias de patio o de caseríos. Como historiador, pensó siempre y

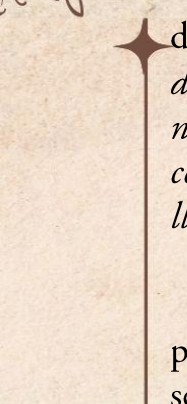




en primera instancia, como Valle y Morazán, en Centroamérica y hacia esa pasión volcó sin titubeos todo su talento y su ilustración. La mayoría de sus títulos lo consignan.




Incluso, cuando estuvieron planteados los serios casos de cuestionamientos limítrofes entre nuestros Estados, vio no un motivo para ejercer el chauvinismo necio y destructor, sino la ocasión —como todo historiador de cepa— para aprovechar la oportunidad de contribuir al más precioso conocimiento de nuestro oscuro pasado, con la aspiración de construir, sobre la base de un *casus belli*, los edificantes fundamentos de un *flat lux*.



En su presentación de *La Ilustración en el antiguo Reino de Guatemala*, decía don Carlos Meléndez: *Gracias a los ilustrados ya las huellas por ellos dejadas, es que ha sido posible hurgar parcialmente en el pasado... y gozar, como nosotros mismos hemos gozado, del conocimiento de los esfuerzos más que centenarios de quienes nos precedieron en este ámbito amplio y querido que llamamos Centroamérica.*

Los historiadores no mueren. Al menos en la conciencia y en el pensamiento de quienes aspiramos modestamente a seguir la iluminada senda de sus pasos.

Maestro Carlos Meléndez Chaverri: ¡Presente!






**AGRADECIMIENTO COMO COFRADE DE LA ACADEMIA DE
GEOGRAFIA E HISTORIA DE NICARAGUA**

[*RAGHN*, tomo 70, noviembre, 2010, pp. 43-44]

RUEGO DISCULPAS si por decir lo que a continuación expreso peco de inmodestia:

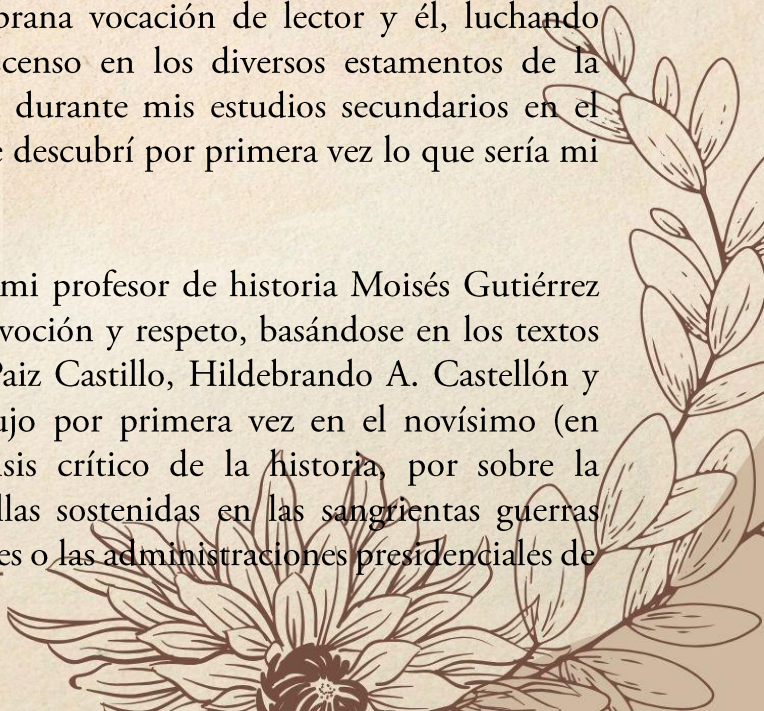


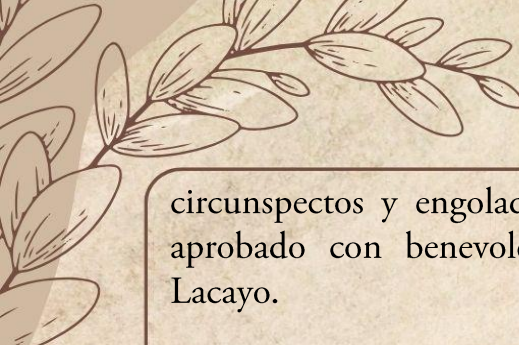
Dedico el honor que hoy me confiere la academia a la memoria de mi tío-abuelo Felipe Nery Fernández [¿?-1940], Maestro y General de altas calificaciones, quien, junto con doña Chepita Toledo de Aguerri [1866-1962] y el profesor don Pablo Hurtado [1853-1936], paradigmas de la educación nicaragüense, alentó la fundación de la Primera Academia de Geografía e Historia de Nicaragua el 20 de septiembre de 1934, hace ya más de 75 años.

Si me permito sacar a colación este vínculo de parentesco, es porque de otra manera y merced a la herencia cultural que de alguna forma recibimos los seres humanos, no se explicaría en gran medida mi condición de historiador, habida cuenta de lo reducido del aporte intelectual obtenido en el seno de la familia de un obrero sastre, mi padre, y de una doméstica, mi madre.


Aunque inicialmente fueron mis progenitores quienes sembraron la semilla: ella estimulando mi temprana vocación de lector y él, luchando tenazmente para promover mi ascenso en los diversos estamentos de la educación formal, fue en realidad durante mis estudios secundarios en el Instituto "Ramírez Goyena" donde descubrí por primera vez lo que sería mi credo y mi religión: la historia.

Fue en el "Goyena" donde mi profesor de historia Moisés Gutiérrez Arguello, a quien recuerdo con devoción y respeto, basándose en los textos iniciales de los doctores Ricardo Paiz Castillo, Hildebrando A. Castellón y Leonardo Montalván, nos introdujo por primera vez en el novísimo (en aquellos años), método del análisis crítico de la historia, por sobre la mención memorística de las batallas sostenidas en las sangrientas guerras civiles entre liberales y conservadores o las administraciones presidenciales de

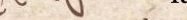




circunspectos y engolados varones oligárquicos, experimento observado y aprobado con benevolencia por mi también profesor Mauricio Pallais Lacayo.



En los años 50 ingresé a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de León, con el supuesto objetivo de convertirme en jurista. ¡Vana ilusión! Al fundarse por la misma facultad, el Instituto de Capacitación Sindical, obra de los doctores Alejandro Serrano Caldera y Luis Felipe Pérez, fui incorporado al mismo como *Instructor de Historia de Nicaragua*.

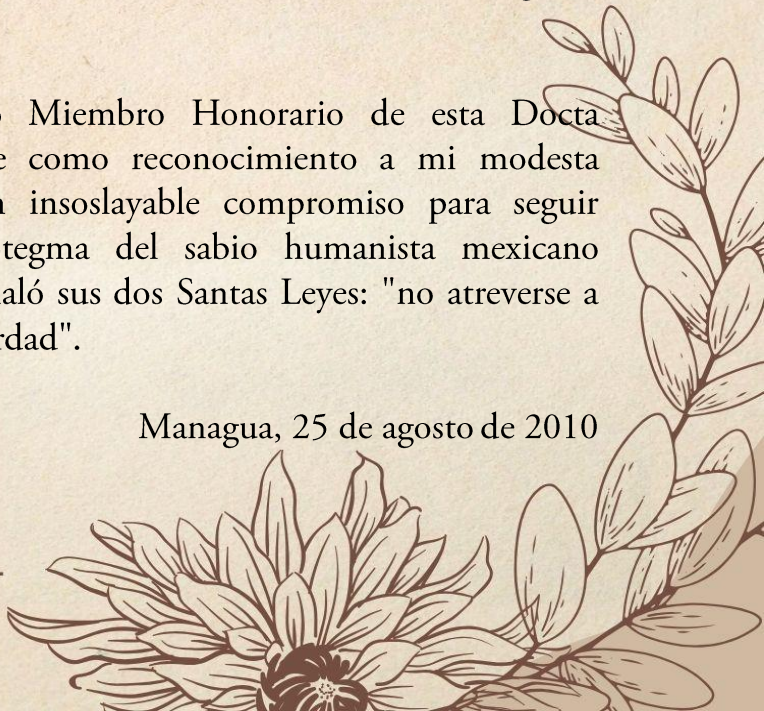



A partir de entonces (y que me disculpen mis amigos abogados) y en la medida en que por las ciencias historiográficas mi pasión crecía, cesaron mis reflexiones sobre Ulpiano y las cuestiones Justineanas y me introduje para siempre en la amistad y amable compañía de Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Titolivio, Suetonio, Jovellanos, Castelar, Chateaubriand y Tuti Cuantos.

Hoy, que la Academia me honra haciéndome su cofrade, vibro de orgullo al sentirme continuador, en la medida de mis capacidades, de Tomás Ayón, José Dolores Gámez y Jerónimo Pérez, nuestros clásicos, que entregaron sus nobles esfuerzos en la búsqueda de una verdad histórica capaz de iluminar de alguna manera el a veces oscuro recinto de nuestra biografía social.

Mi conversión hoy como Miembro Honorario de esta Docta Corporación, la asumo más que como reconocimiento a mi modesta trayectoria, como un reto y un insoslayable compromiso para seguir escribiendo historia, fiel al apotegma del sabio humanista mexicano Francisco Javier Clavijero; que señaló sus dos Santas Leyes: "no atreverse a decir mentiras, ni temer decir la verdad".


Managua, 25 de agosto de 2010





RESEÑA A UNA OBRA MONUMENTAL
[RAGHN, tomo 70, mayo, 2017, pp. 276-279]

[Germán Romero Vargas: *Las estructuras sociales de Nicaragua*. Managua, Editorial Vanguardia, 1988. 544 p.]



SI, COMO decía San Agustín, lo bueno es la unidad dentro de la diversidad, Germán Romero Vargas, ha logrado con su libro una obra que siendo múltiple es única por su coherencia, por sus resultados y por la sabiduría inminente que la hace respirar.


Los tres grandes escenarios en los que el libro se desarrolla, tienen en sí elementos que les califican para una vida propia. Sin embargo, el hilo conductor de la historia es común a ellos les da una unidad que el autor buscó para la obtención de una sola y única y gran conclusión: la de que las tres partes aportan en conjunto los elementos de preeminencia social, política y económica que constituyen las características básicas que explican la vida social en la Nicaragua del siglo XVIII.

Nos parece que el esfuerzo más afiligranado se halla en la segunda parte del libro, la que se refiere al período de la dominación española. Aquí, en verdad, se ha desarrollado un trabajo del que sólo eran capaces aquellos antiguos monjes medievales que encorvados día y noche sobre atestados atriles estudiaban y trascribían viejos infolios.


En su libro primero “La población española y el acaparamiento del poder y la riqueza”, asistimos a la génesis de un sistema que fue la constante social en un prolongado período que no concluyo sino con el advenimiento de la Revolución popular. Vemos aquí que el establecimiento de instituciones homónimas de los peninsulares, cuyo funcionamiento difiere muchísimo en América, sirvió sólo para detectar el monopolio del ejercicio del poder bajo todas sus formas y en todos los niveles de la jerarquía política, militar y religiosa.

Estas estructuras políticas y religiosas que comenzaron a imponerse a

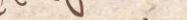




partir el siglo XVI conferían al grupo hispánico ventajas sobre los otros grupos sociales debido a que los españoles no sentían ningún cambio en su manera acostumbrada de concebir el Estado y la religión, en tanto que para las otras rezas, ello era algo ajeno a sus antiguas tradiciones.



Este dominio, que fue casi absoluto, no concluyó, como se sabe, con la emancipación política de los criollos en 1821, sino que, heredado por los mismos de su parentela, se prolongó bajo muy diversas formas durante el resto del siglo XIX y gran parte del XX.

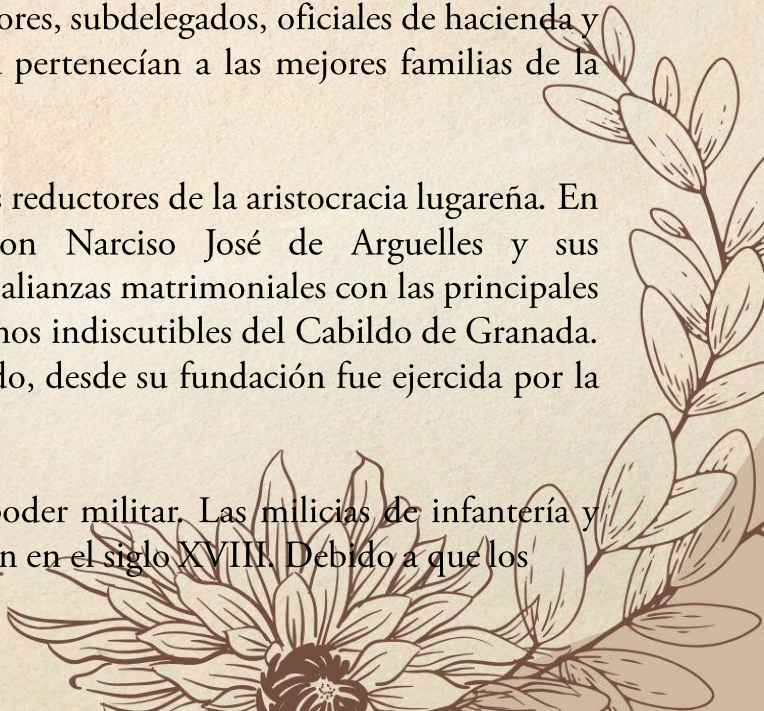


La conquista provoca una confusión llena de consecuencias entre lo étnico y lo social. Los vencedores se arrogan el primer lugar en la nueva estratificación, no por ser simplemente vencedores, sino fundamentalmente por ser españoles, es decir, hombres de raza blanca. El hecho de pertenecer al grupo de los primeros conquistadores o ser descendientes de ellos confería automáticamente la nobleza. La vinculación con los conquistadores fue pues, entre los españoles nacidos en la provincia, un título de preeminencia social.

La influencia del parentesco llevada hasta la exacerbación por el más referido nepotismo está brillantemente expuesta en la obra del doctor Romero. La población en Nicaragua en el siglo XVIII tenía, como lo dice el autor, en su comportamiento, una tendencia marcadísima hacia la endogamia étnica, lo que en la práctica conduce directamente al acaparamiento del poder. Corregidores, subdelegados, oficiales de hacienda y escribanos nacidos en la provincia pertenecían a las mejores familias de la localidad.

Los cabildos eran verdaderos reductores de la aristocracia lugareña. En la segunda mitad del siglo, don Narciso José de Arguelles y sus descendientes, gracias a una red de alianzas matrimoniales con las principales familias de la ciudad, fueron los amos indiscutibles del Cabildo de Granada. En Rivas la dominación del Cabildo, desde su fundación fue ejercida por la familia de la Cerda y sus aliados.

Otro tanto ocurría con el poder militar. Las milicias de infantería y caballería habían perdido su función en el siglo XVIII. Debido a que los



ataques de los piratas a las ciudades habían cesado, su significación era puramente social. Humboldt, citado por el doctor Romero, dice que “en las colonias españolas no es el espíritu de la nación el que ha facilitado la formación milicias, sino la vanidad de un corto número de familias cuyos jefes aspiran a títulos tan inocuos como pomposos”.

Deseo finalizar citando textualmente el último párrafo del prólogo de Galio Gurdían porque me parece no solamente admirable sino rigurosamente exacto, ya que ahorra conceptos superficiales y dice en breves palabras lo que a nosotros nos ha exigido mil: El doctor Germán Romero “es un trabajo serio, largo, que sorprendentemente no se cae de las manos del lector. Y si no se le cae no es porque el autor haga alardes de figuras literarias, sino porque se siente que allí hay realidad y la realidad sencillamente es compleja, es brutal, es dramática. Los sujetos sociales nuestros”.

[*Barricada*, 24 de diciembre, 1998]



El Che, recibiendo diploma de reconocimiento de la AGHN el 25 de agosto de 2010



Profesor José Reyes Monterrey con la profesora Lilia Madrigal Mendieta,
tesorera de la AGHN.